

13 – Comunión

Posted on January 01, 1970 by Néstor Martínez

2 Corintios 6: 14 = No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? Comunión, común unión o unión en común. Imposible entre la luz y la tiniebla, entre el cielo y el infierno. La NTV lo dice así al mismo texto: **No se asocien íntimamente con los que son incrédulos. ¿Cómo puede la justicia asociarse con la maldad? ¿Cómo puede la luz vivir con las tinieblas?** Le cambia la palabra comunión por la de asociación, pero el efecto es el mismo. La palabra **comunión** suele sonar solemne, casi reservada a templos, rituales o momentos especiales. Sin embargo, cuando uno se acerca a su raíz más profunda —no desde una etiqueta religiosa sino desde la experiencia viva del Evangelio del Reino de Dios— descubre que comunión es, en esencia, **una forma de existir**. No es un evento, es un estado; no es un acto aislado, es una manera de vincularse con Dios, con los demás y con uno mismo. Si tuviéramos que traducirla a lo cotidiano, comunión sería algo así como **“vivir en conexión verdadera”**. Y eso, lejos de ser abstracto, es profundamente práctico. Desde una mirada bíblica, la comunión no aparece como una obligación sino como una consecuencia natural de una vida alineada con Dios. En los relatos del Evangelio, la comunión ocurre alrededor de una mesa, en una caminata, en una conversación inesperada, en el gesto de compartir pan o en el acto de escuchar sin juzgar. Es decir, en lo humano. Porque la propuesta del Reino no viene a deshumanizar, sino a restaurar lo humano en su mejor versión. Ahora bien, si miramos nuestro contexto social —y no hace falta ir muy lejos— encontramos que la desconexión es casi una epidemia silenciosa. Estamos hipercomunicados, pero poco conectados. Sabemos lo que alguien publica, pero no lo que siente. Reaccionamos con emojis o likes, pero evitamos conversaciones incómodas. Y en ese escenario, la comunión parece una palabra antigua... cuando en realidad **es más urgente que nunca**. La comunión bíblica no es uniformidad. No implica pensar todos igual ni anular las diferencias. De hecho, sería bastante aburrido si así fuera. La riqueza de la comunión está justamente en la diversidad reconciliada. Personas distintas, historias distintas, ideas distintas... que encuentran un punto de encuentro en algo mayor que sus diferencias: el amor de Dios manifestado en la vida diaria. Y acá aparece un punto clave: **la comunión no se fuerza. Se cultiva**. No se trata de “llevarse bien con todos” como una meta ingenua o artificial. Se trata de aprender a convivir desde la verdad, la gracia y la humildad. Y eso, siendo honestos, a veces cuesta. Porque implica ceder, escuchar, perdonar, pedir perdón... cosas que nuestro ego no siempre tiene ganas de hacer. Pero ahí es donde la enseñanza del Evangelio se vuelve concreta. No es teoría elevada, es práctica cotidiana. Por ejemplo:

- Comunión es elegirno **responder con ironía** cuando podrías hacerlo.
- **Esdar lugar a la otra persona**, aunque estés convencido de que tenés razón.
- Es **compartir lo que tienes** sin calcular demasiado.
- Es aprender **adecir “me equivoqué”** sin que se caiga el mundo.
- Es alegrarte genuinamente **por el bien del otro**, incluso cuando tú estás esperando algo que no llega.

Suena simple, pero no es fácil. Y justamente por eso es transformador. Hay una imagen muy interesante en los textos bíblicos: la del cuerpo. Se habla de las personas como partes de un mismo cuerpo, donde cada miembro tiene su función. Nadie sobra, nadie es inútil, nadie lo hace todo solo. Esta metáfora, más allá de lo espiritual, tiene una fuerza social enorme. Porque rompe con dos extremos muy presentes hoy: el individualismo absoluto (“no necesito a nadie”) y la dependencia tóxica (“sin tí no soy nada”).

La comunión propone algo más sano: **interdependencia**. Es decir, reconocernos necesitados unos de otros, pero **sin perder identidad**. Y esto tiene implicancias prácticas en todos los ámbitos: familia, trabajo, amistades, comunidad. Una casa con comunión no es una casa sin conflictos; es una casa donde los conflictos no rompen el vínculo. Un equipo con comunión no es un equipo perfecto; es uno donde hay confianza para corregirse sin destruirse. Una amistad con comunión no es la que evita temas difíciles; es la que los puede atravesar sin romperse. Ahora, siendo sinceros, ¿Por qué cuesta tanto vivir en comunión? Porque implica morir a ciertas cosas internas: orgullo, autosuficiencia, necesidad de control, miedo al rechazo. Y eso no se resuelve con frases lindas, sino con un proceso real. El Evangelio del Reino no promete una vida sin tensiones, pero sí ofrece una transformación desde adentro que cambia la manera de atravesarlas. Hay algo profundamente revolucionario en esto: la comunión no depende de que todo esté bien afuera, sino de lo que se cultiva adentro. Es una decisión sostenida más que una emoción pasajera. Y acá es donde entra el sentido del humor, que no es un detalle menor. A veces nos tomamos tan en serio a nosotros mismos que rompemos vínculos por cosas que, vistas con un poco de perspectiva, no eran tan graves. Aprender a reírse —sin burlarse, sino con liviandad— también es una forma de comunión. Descomprime, acerca, humaniza. Porque sí, se puede hablar profundamente sin volverse densos. Se puede ser firme en la fe sin ser rígido en el trato. Se puede vivir el Evangelio sin convertirlo en un discurso pesado. De hecho, cuando se vuelve pesado, probablemente algo se desvió. La comunión genuina tiene una característica muy clara: da vida. No agota, no oprime, no manipula. Es un espacio donde uno puede ser, crecer, equivocarse y volver a intentar. Ahora bien, llevar esto a la práctica requiere intención. No sucede por inercia. Algunos recursos concretos que pueden ayudar: **Primero**, practicar la escucha activa. No escuchar para responder, sino para entender. Parece básico, pero cambia completamente la dinámica de cualquier conversación. **Segundo**, generar espacios reales de encuentro. No todo puede pasar por una pantalla. Compartir una comida, una caminata, un momento sin distracciones digitales favorece la comunión de una manera que lo virtual no logra reemplazar. **Tercero**, revisar nuestras reacciones. Muchas veces respondemos desde heridas, cansancio o prejuicios. Tomarse un segundo antes de reaccionar puede evitar conflictos innecesarios. **Cuarto**, cultivar la gratitud. Agradecer lo que otros aportan, aunque sea pequeño, fortalece el vínculo. Nadie se cansa de sentirse valorado. **Quinto**, sostener la coherencia. No se puede hablar de comunión y vivir en constante conflicto con todos. La credibilidad se construye con acciones. **Sexto**, —quizás el más desafiante—, aprender a perdonar. No como un acto emocional inmediato, sino como una decisión progresiva. Perdonar no niega el dolor, pero evita que ese dolor gobierne nuestras relaciones. Desde una mirada ideológica objetiva, la comunión también cuestiona ciertos modelos actuales. Por ejemplo, la lógica de “usar y descartar” aplicada a las relaciones. O la idea de que todo vínculo debe ser funcional a mi bienestar inmediato. La comunión propone algo más profundo: relaciones con sentido, no solo con utilidad. Esto no significa tolerar lo dañino ni justificar lo injusto. La comunión no es ingenua. Tiene límites, tiene criterio, tiene discernimiento. Pero no se construye desde la sospecha permanente, sino desde la apertura responsable. Y acá volvemos al núcleo del Evangelio: Dios no se relaciona con la humanidad desde la distancia, sino desde la cercanía. No envía solo ideas, se hace presente en lo humano. Eso redefine completamente el concepto de comunión. Ya no es el hombre tratando de llegar a Dios por mérito, sino Dios acercándose al hombre para restaurar el vínculo. Cuando esa realidad se internaliza, cambia la manera de vivir. La comunión deja de ser un mandato externo y se convierte en una respuesta natural. En lo cotidiano, eso se ve en cosas simples: en cómo tratamos al que piensa distinto, en cómo manejamos un desacuerdo, en cómo usamos nuestras palabras, en cómo administramos nuestro tiempo y nuestras prioridades. Porque al final del día, la comunión no se mide en discursos sino en gestos. Y sí, también tiene momentos incómodos. Porque no todo es armonía constante. **Pero incluso en la tensión, la comunión busca construir, no destruir**. Hay una frase que podría resumir todo esto de manera sencilla: **“no se trata de estar siempre de acuerdo, sino de permanecer conectados”**. Esa conexión, cuando está basada en el amor de Dios, tiene una profundidad que no depende de las circunstancias. En un mundo donde muchas cosas son descartables, la comunión es un acto casi contracultural. Es elegir permanecer, construir, sostener. **No por obligación, sino por convicción**. Y eso, lejos de ser una carga, es una de las experiencias más humanas y más divinas al mismo tiempo.

Porque cuando la comunión es real, algo del Reino de Dios se hace visible. No como una idea lejana, sino como una realidad concreta, vivida, imperfecta pero genuina. Y tal vez ahí está el mayor desafío —y también la mayor belleza—: hacer de lo cotidiano un espacio donde lo espiritual no sea un discurso, sino una presencia viva. Donde compartir un mate, un café, una charla, una ayuda inesperada o un silencio acompañado también sean formas de expresar el Evangelio. Donde la comunión deje de ser una palabra “importante” y pase a ser una práctica diaria. Simple, profunda... y transformadora.

Posted in: Blog, Sin Categoría | | With 0 comments
